

## ENFOCANDO DESENFOCQUES:

# IGLESIA Y ESTADO en la Constitución Argentina

Algunos partidos políticos, ante la proximidad de las Constituyentes, y, a pesar de que en la Convocatoria para las mismas no figura el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, insisten, no sólo en que debe tratarse ese tema y revisarse el actual *statu quo* entre el Estado Argentino y la Iglesia Católica, sino en que se debe llegar a una separación total entre el Estado y la Iglesia, es decir, a una *supresión de cualquier vinculación del Estado con la Iglesia Católica*. Esta fórmula no puede ser más simplista, o, mejor dicho, más socialista. Lo que sucede, por desgracia o por suerte, es que no puede ser menos argentina: porque se halla de espaldas a la realidad de nuestra nación, y quiere "imponer por arriba" al pueblo argentino una situación forzada que no condice ni con la realidad del Estado Argentino, ni con la realidad de la Iglesia Católica en la Argentina. No es raro, pues, que se entremezclen desenfoces y sofismas, a veces un tanto pintorescos.

Es natural que el que no sea católico se hallará personalmente molesto ante una Constitución que reconoce cierta situación de privilegio a la Iglesia Católica en Argentina. Comprendemos perfectamente que a él personalmente le gustaría que las cosas fueran de otra manera. Lo que no comprendemos, dentro de una sana lógica y de una rectitud imparcial es que, dada la realidad de que la inmensa mayoría del pueblo ar-

gentino es católica, se quiera darle una constitución que prescinda de su mentalidad. El laicista o el protestante, el socialista o el comunista querrían una constitución laicista, protestante, socialista o comunista. Pero, con ello harían al pueblo argentino la mayor injusticia. Aconsejamos que sigan el proceso lógico e inverso: No que quieran dar al pueblo argentino una constitución al gusto de ellos, sino que transformen primero al pueblo argentino en laicista, protestante, socialista o comunista, y entonces exijan la constitución correspondiente. En una palabra: que no es justo clamar por una constitución que no responde a la mentalidad y a las aspiraciones de la inmensa mayoría del pueblo argentino.

Con esto queda explicada la decisión de los constituyentes de 1853, los cuales, a pesar de que no pecaban, ni mucho menos, de clericales en su mayoría, sancionaron una constitución que fundamentalmente *reconocía el hecho* de que el pueblo argentino en su mayoría es católico y de que la nación argentina es una nación católica. Sino señalaron oficialmente en fórmulas expresas que la religión oficial del estado es la católica, en sus cláusulas sobre el Presidente de la República, sobre el sostenimiento del culto, y otras parecidas reconocieron una realidad nacional que nadie ponía en duda. Y en 1957, a pesar de ciertos elementos de inmigración no católica y a pesar del esfuerzo realizado por partidos políticos con-



tra el catolicismo argentino, el hecho es que la inmensa mayoría de los argentinos siguen siendo de la religión católica. La Capital Federal que es la parte más heterogénea confesionalmente de la República ha acusado en los últimos censos un porcentaje de catolicismo superior al 70 %. Y en el interior, el aspecto del país sigue siendo católico casi 100 %. La vida de nuestros

hombres del interior, con excepciones contadas, se mueve dentro de una concepción católica no sólo de lo que debe ser su conciencia individual, sino de la vida nacional. ¿Qué es lo que pretenden, por tanto, en orden al respeto de los derechos de todos los ciudadanos, los que quieren imponer al país una constitución que no dice con su modalidad fundamental, una constitución

### ¿EL PUEBLO ARGENTINO SIGUE SIENDO CATOLICO?

He aquí, según el último Censo (1949) el porcentaje de católicos en cada Provincia y Territorio.

Buenos Aires .....	93,4 %	Santiago del Estero .....	97,1 %
Catamarca .....	99,5 %	Tucumán .....	97,8 %
Córdoba .....	97,8 %	Comodoro .....	86,4 %
Corrientes .....	98,6 %	Chaco .....	91,3 %
Entre Ríos .....	91,6 %	Chubut .....	82,8 %
Jujuy .....	96,1 %	Formosa .....	97,8 %
La Rioja .....	99,1 %	Misiones .....	85,3 %
Mendoza .....	95,5 %	Neuquén .....	92,9 %
Salta .....	95,8 %	Río Negro .....	91,7 %
San Juan .....	97,7 %	Santa Cruz .....	89,7 %
San Luis .....	98,5 %	Tierra del Fuego .....	92,7 %
Santa Fe .....	95,0 %		

En el total hay un 93,6 % de católicos, llegando en algunas provincias a más del 99 %, como en Catamarca y La Rioja.

El porcentaje más bajo lo da Chubut con un 82,8 %.

El Censo de la ciudad de Buenos Aires, correspondiente a 1936, daba sobre un total de 2.415.142 habitantes 1.935.125 católicos, o sea el 81 % del total: 100.350 adherentes a otras sectas cristianas, o sea 4,2 % y 120.195 israelitas, o sea un 5,0 %. En 1947, la población que se declaró católica, ascendía a 2.403.000, sobre un total de 3.000.000 de habitantes, y la de sectas protestantes a 126.000. En el primer semestre de 1947 fueron bautizados el 85,4 % de todos los nacidos en ese período, y se casaron por la Iglesia el 68,8 % de los matrimonios realizados. Esto en solo la ciudad de Buenos Aires, que es donde la doctrina y la práctica católica más han decrecido. (G. Furlong, *La tradición religiosa en Argentina*. p. 116. Bs. As., 1957).

adaptada solamente al gusto de una minoría y que obliga a la mayoría a entrar en un ambiente social que no condice con su propia mentalidad?

Se dice que la invocación del preámbulo no puede ser suscrita por los que no son creyentes. Pero, es evidente que una constitución nunca puede ser del gusto de todos los ciudadanos. Porque un grupo de católicos se instalen en la India o en Turquía no pueden exigir, de inmediato, que la constitución se reforme de manera que ellos puedan suscribirla plenamente. Repetimos, que la constitución debe reflejar el ambiente predominante en el pueblo para la cual se dicta. Y el respeto por las minorías consiste en no obligarlas a que ellas ejecuten ningún acto que sea contra su conciencia.

Lo que se dice de la invocación a Dios en

el preámbulo de la constitución, vale para la exigencia de que el Presidente de la nación sea católico apostólico romano. Evidentemente se trataba de que el Presidente pudiese sintonizar con su pueblo, y esta cláusula tendrá razón de ser mientras el pueblo argentino siga siendo *de hecho* un pueblo católico. Repetimos que el verdadero camino es el de cambiar primero la religión de la mayoría de los argentinos, y después exigir que se reforme el texto de la constitución, y no viceversa.

De la recomendación de fomentar la conversión de los indios al catolicismo, debe decirse otro tanto. La cultura occidental y sobre todo la nacional eran y son cristianas. Nada extraño que, de una manera especial, se recomiende la conversión de los indios no civilizados al catolicismo, ya que



ellos van a ser incorporados a una nación fundamentalmente cristiana.

Todavía tienen menos consistencia otras observaciones tendientes a suprimir de la constitución nacional toda referencia al espíritu católico de la nación. Se pretende que la constitución no refleja el "alma" nacional, y que es impropio querer que la refleje, porque en realidad la religión católica no habría sido el "alma" de la nación. Pero lo cierto es que la constitución tiene un alma y un espíritu fundamentalmente cristiano, que fué el espíritu de los constituyentes de Mayo y del 53 y de la nacionalidad argentina, aunque algunos particulares no participan de la misma, en ese aspecto. Es inútil querer aportar uno o dos antecedentes, como el de la condenación por dos Papas de la emancipación, que no tienen el sentido de una negación de la nacionalidad que se le quiere atribuir y que se pierden como un grano de arena en el inmenso océano del aporte de la Iglesia Católica a la vida nacional argentina desde su amanecer con las primeras fundaciones del Río de la Plata, Córdoba y Tucumán, hasta los días mismos de la emancipación de la que participó activamente la Iglesia y hasta nuestros días. Resulta verdaderamente ridículo querer negar el carácter predominantemente católico de nuestra historia y de nuestra vida actual.

Por lo mismo, nada extraño que las "conmemoraciones patrióticas", que son conmemoraciones del pueblo, se hayan hecho y se hagan con frecuencia dentro del marco de actos religiosos. Es el alma popular, el alma de la inmensa mayoría de los argentinos la que se vuelca a la calle en esas manifestaciones, y, por tanto, se expresa en su propio lenguaje, es decir, el del catolicismo. El último "25 de Mayo" pudimos en una de las capitales del interior asistir a la celebración patriótica de la fecha por un "liceo militar". ¿Qué otra cosa correspondía si el 100 % de aquellos alumnos era católico, si ese modo de celebración era el más natural y espontáneo para ellos, para sus autoridades, y para el pueblo que lo presenciaba? Entendemos que se debe respetar la conciencia de las minorías, que en tal caso se les debe eximir de la participación en tales actos, pero que por uno o dos alumnos no creyentes no se puede decidir el ambiente propio de una celebración social. Los que pretenden que las ma-

nifestaciones religiosas pertenecen al sentimiento personal e íntimo, desconocen el verdadero carácter de la religión, que también exige sus manifestaciones sociales, como todas las manifestaciones humanas. Lo que corresponde es el respeto a la mayoría y no querer imponerle la opinión o modo de pensar de unos cuantos.

Mucho más deficiente es todavía la concepción del Patronato, cuya sombra, por lo menos continúa en la Argentina, que demuestran algunos críticos de la actual situación de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Pretender que el Patronato es una manifestación de la debilidad del poder civil para hacerse obedecer, es desconocer la realidad político social de la que surgió el patronato. Este resultó de la concepción unitaria de la nación católica, y de la necesaria combinación de las dos fuerzas, espiritual y temporal, que en ella existen. Si en algún momento el Estado abusó de la Iglesia y la Iglesia abusó del Estado, ello se debe a la imperfección humana y no al sistema mismo, que, con frecuencia, ha trabajado con mutuo respeto de ambas potestades, y, en conjunto, ha sido beneficiosa para la civilización, incluso terrenal, de los pueblos de Occidente.

En cuanto a la objeción que se hace a todo posible Concordato con la Santa Sede, como si en él el Estado Argentino abdicara de ciertos derechos legítimos y se pusiere en la situación de requerir "la aprobación y el consentimiento de la Iglesia para hacer lo que antes era simple ejercicio de la soberanía", resulta otro grave desenfoque. Porque, por el Concordato, en primer lugar se reconoce la realidad del pueblo argentino en su mayoría católica y se respeta su conciencia, por medio de un trato con la autoridad espiritual que aclare aquellos puntos en que necesariamente ésta y la autoridad temporal deben encontrarse. A no ser que se suponga que el Estado es el soberano absoluto "incluso de la conciencia y de la religión", el "Leviatán" que puede intervenir y dirigir hasta la vida religiosa, o, como diría Marx, que puede "meter sus narices en la religión", sin más freno que la propia conciencia del Estado, con lo cual se desemboca en un Estado totalitario, frente al que los individuos no tienen ningún principio espiritual y ninguna garantía moral que pueda refrenar los excesos del Estado.

Los que pretenden romper todo vínculo

absoluto entre el Estado y la Iglesia, ignoran que están rompiendo una de las principales barreras del totalitarismo.

Es cierto, por lo demás, que algunos aspectos de la Constitución del 53 sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado entrañan una interferencia en lo económico, y algún que otro aspecto jurisdiccional que deberían ser perfeccionados o suprimidos, pero estas deficiencias pueden ser subsanadas en la práctica cuando ambos poderes proceden con buena voluntad y mutua inteligencia, ya que la *idea central* del texto constitucional es exacta: la necesidad de una mutua inteligencia, es decir, unión moral, como base de las relaciones entre la Iglesia y el Estado argentino

No pretendemos los católicos que la Iglesia dirija al Estado, ni a la política; estamos muy lejos de ello, deseamos que la Iglesia se mantenga en el orden de su esfera espiritual, y, precisamente en ese orden esperamos y deseamos que siga contribuyendo eficazmente a la vida nacional. De lo contrario, sería una perturbación que ningún católico desea. Pero ello no se puede

lograr precisamente con una *desvinculación total* entre la Iglesia y el Estado, sino al contrario por una acción común y paralela en aquellos problemas en que necesariamente la vida social del ciudadano roza con su conciencia. No es interferencia, ni intromisión del Estado en la Iglesia ni de la Iglesia en el Estado, sino una actuación de cada uno en su esfera, pero con la mutua comprensión y con el mutuo reconocimiento de los valores que cada uno representa, y que, por cierto, forman parte del alma nacional, que el Estado no puede ignorar. Lo contrario sería una *mutua ignorancia*, que no llevaría sino a una mayor intranquilidad y discordia en el país. Porque el Estado que en la Argentina quiera ignorar a la Iglesia Católica, se encontrará con ella a cada paso, sin saber que hacer, o tropezando; y la Iglesia que en Argentina quiera actuar con prescindencia del Estado, tendría que dirigir a sus fieles con peligro de chocar frecuentemente con la autoridad civil. Nada más catastrófico sería que esto para la Nación. Y esto representaría una Constitución que quidese vincular totalmente al Estado de la Iglesia Católica.

¿CONOCE Ud. LA REVISTA...

## “LATINO AMERICA”?

\* *Una gran revista de información y orientación para toda América Latina.*

\* *Una visión panorámica de los problemas de nuestro continente.*

¡SUSCRIBASE!

APARTADO 2181  
México, D. F.

¡CONOZCALA!

HIPOLITO YRIGOYEN 2005  
Buenos Aires